

homenaje á los dioses de la Grecia; pero es un error. En la apología que Platon hace de este filósofo, Sócrates reconoce dioses subalternos, y enseña, que los Astros y el Sol, están animados por inteligencias, á las que es menester tributar culto divino. El mismo Platon, en su *Diálogo sobre la santidad*, nos enseña, que Sócrates no fué castigado, por haber negado que hubiese dioses inferiores, sino porque declaraba fuertemente, contra los poetas que atribuían á estas divinidades, pasiones humanas y crímenes enormes. (De Ramsai, *Discurso sobre la mitología*)

PÁG. 25.

[6] Y la necesidad de una revelacion. „Si la verdad, dice Santo Tomas, estuviese abandonada á las investigaciones de la razon, resultarían tres inconvenientes. El primero sería, que el conocimiento de Dios no pudiera ser patrimonio, sino de un corto número de hombres; porque tres cosas, que son, la pobreza, la pereza y una complexion débil, ponen á la mayor parte en incapacidad de aplicarse utilmente á indagaciones relativas á las ciencias.

„El segundo inconveniente sería, que aquellos hombres, que pudiesen llegar al conocimiento de la verdad, solo llegarían muy tarde y despues de una larga série de años empleados en el estudio.

„El tercero por fin consiste, en que tal es la debilidad del entendimiento humano, que de ordinario tiene muchos errores, mezclados en los descubrimientos que hace la razon. (Lib. 1.º, *Controversias gentiles*, cap. 4.º)

„No hay nadie, ha dicho el mismo Bayle, que sirviéndose de la razon, no haya menester la asistencia de Dios: porque sin esto, es un guia que se extravía, y la filosofía se puede comparar á esos polvos tan corrosivos, que despues de haber comido las carnes muertas de una llaga, carcomerían la carne viva, cariarían el hueso, y penetrarían hasta las médulas. La filosofía refuta ciertamente los errores; pero si no se la detiene, ataca las verdades; y cuando se la deja hacer su antojo, va tan léjos, que no sabe ya donde está, ni encuentra donde sentarse.

CARTA VIGECIMA OCTAVA.

CONTINUACION DE LA PRECEDENTE.

„¿Cómo se atreveria uno á decir, que la ley natural, que la razon, esta ley comun á todos los

„hombres, no nos ilumina cuanto debe sobre lo que nos obliga á practicar? Ó si no ha dejado de ilustrarnos á medida de nuestras necesidades, sea cual fuere la causa, ¿ha dejado de obligarnos?”

Tal es, hijo mio, la primera dificultad que me opones, en favor de tus nuevas opiniones. La respuesta es tanto mas fácil, cuanto mas especiosa es la objecion. La ley natural no está de tal modo obscurecida en el estado de depravacion y de ceguedad en que nacemos, la razon del hombre no es tan impotente y estéril, que sea imposible á quien le pregunta con un espíritu recto y un corazón limpio, obtener luces tenues, que le conduzcan de seguida á luces mas considerables. Esta débil razon, nos obliga á proporcionarlo que nos enseña, y de lo que podria enseñarnos todavía, si la consultásemos con fidelidad. Ella vá tan léjos como puede y debe ir. Llega hasta hacernos sentir la necesidad de otro socorro; hace sentir al alma sencilla y veráz su insuficiencia y las tinieblas en que la deja sumergida; hace suspirar por una claridad mayor; la conduce á las puertas del Santuario, en que la verdad eterna reside; y con tal que sean sinceros los gemidos de esta alma recta y pura, el Dios de la verdad no le falta. [1]

„¿Mas por qué, este otro socorro tan necesario, no se ha dado á todos los hombres? ¿Por qué no son todos iluminados con esta antorcha de la revelacion? ¿Y por qué tambien, aun en aquella parte de la revelacion mas interesante, cual es la fe del Evangelio, han comenzado á serlo tan tarde?”

Porque era menester, hijo mio, que los hombres, abandonados á sí mismo, sintiesen sus necesidades, su miseria, y tuviesen tiempo de cansarse, por decirlo así, de su propia debilidad y de lo vano de sus investigaciones. Era menester la experiencia de muchos siglos, y de los pueblos mas cultos, como de las naciones mas sábias. Era menester, que las tinieblas precediesen á la luz é hiciesen comprender todas las ventajas de ella; que la religion revelada, sostenida en los hechos, tuviese sus desarro-

yos y sus pruebas, así como todo se prepara y se desarroja en la naturaleza. Era menester sin duda, en los designios del Altísimo, que nunca conociéramos en la tierra, sino imperfectamente, que esta luminaria de la fe, semejante al astro que ilumina el mundo, no despidiese repentina y simultáneamente su luz; que recorriera sucesivamente los diversos territorios; que fecundara los gérmenes de razón, de sabiduría y de virtud, que solo aguardaban su presencia, para deplegarse cual bella rosa, ó para ponerse al ménos en su verdadero punto de perfeccion y de madurez; y que su viva claridad, ora concedida meramente como gracia, ora dada juntamente como gracia y como recompensa, á veces quitada á los hombres por modo de castigo, se distribuyera en todo lugar, segun las leyes secretas, de una Providencia siempre llena de sabiduría y de equidad.

Oh! hijo mio, en el sistema del naturalista, ¿qué dificultad puedes formar contra la revelacion, que no se convierta en objecion contra tí? Porque en fin, esta religion natural, te preguntaré yo á mi vez, esta ley de la razon, comun á todos los hombres, á todos impuesta, y que segun tus principios vasta igualmente para todos, ¿por qué es tan poco conocida de la mayor parte? ¿Y por qué tantos medios en unos para extender sus conocimientos, y tantas dificultades y obstáculos en otros?

Concluamos pues, así respecto de la ley natural como respecto de la ley revelada, que aunque las dos sean esencialmente verdaderas, y las dos sean necesarias, nosotros hemos de ser juzgados por ellas á medida de lo que hallamos podido y debido conocer de ellas; y que aquellos, que hallan cerrado sus ojos á su luz con la misma obstinacion, al ser iluminados por ellas, serán igualmente inexcusables [a].

[a] „Tribulacion y angustia para toda alma del hombre que obra mal, del judío primeramente y del griego: gloria, honor, y paz para el que obrare bien, para el

„Mas ¿por qué, agregas, hombres como yo serán para mí los intérpretes de las voluntades divinas? „¿Por qué para aprender yo á honrar dignamente el Ser Supremo, es menester que pida los socorros de mis semejantes? „¿Y en todas partes he de hallar hombres entre Dios y yo?”

Sí, hijo mio; porque Dios al criar seres sociales, quiso formarlos en el seno de la sociedad, ligarles juntamente por las necesidades del alma como por las del cuerpo, instruir á los unos por los otros, y establecer entre ellos una dependencia mútua, y una comunicacion recíproca de socorros y de conocimientos. ¿Y cuál es el hombre, á quien otros hombres no hayan instruido? ¿Cuáles son los conocimientos naturales, que en el estado de sociedad no hayamos recobrado, desarrojado, perfeccionado, con el auxilio de nuestros semejantes? ¿Y por qué quieres que en la economia de la religion revelada, Dios se sirviera de otros instrumentos, de otros medios, que aquellos de que se sirve en el plan de la religion natural? [a]

Hombres es verdad, se te presentan para instruirte, que se dicen enviados de Dios; pero no por esto te privan del ejercicio de tu razon. Has de ella el uso mas natural, mas fácil, mas acomodado al entendimiento humano; examina los hechos sensibles y públicos que establecen su mision; considera atentamente los caracteres de la religion que te anuncian, caracteres sencillos y verdaderos; su antigüedad, su unidad, su perpetuidad, su santidad; su relacion con la gloria de Dios, con la felicidad de hombre y con la virtud; porque estas son cosas de hecho y de sentimiento, de que todo

judío primeramente y para el griego, pues ante Dios no hay diferencia de personas, los que sin ley pecaron, sin ley perecerán: y los que pecaron contra la ley, por la ley serán juzgados.” (*San Pablo, Rom. cap. 2, v. 9.*)

[a] „El orden de la naturaleza, es de tal manera, que cuando aprendemos alguna cosa, la autoridad precede á la razon.” (*S. Agust, del Ord. lib., 2., cap. 9.*)

hombre puede juzgar sin dificultad, son cosas que han conmovido, ilustrado y convertido al mundo entero: y despues de esto, si es realmente Dios, quien ha hablado por boca de tus semejantes, sométete. Atiende, querido Valmont, á que la revelacion una vez probada, te demuestra del modo mas sencillo y mas abreviado todas las demas verdades: sin ella, es menester probárselas uno mismo una á una, si puedo hablar así. ¡Qué trabajo! ¡y qué riesgo de engañarse en cosas en que el error es de una trascendencia tan grande, y en que apesar de esto, ha sido siempre tan comun!

„¿Mas por qué tambien un yugo nuevo y nuevas trabas? ¡Y qué importan todas las instituciones arbitrarias, si la virtud, el honor están á cubierto, con solo los principios de la ley natural.“

„Cuántas cosas, hijo mio, hay que responder á tan pocas palabras, si fuera menester decirlo todo! Mas por lo ménos, escúchame algunos momentos todavía. „¿Para qué un yugo nuevo y nuevas trabas?“ Para hacerte mas dulce y mas fácil el yugo de la virtud, el de la razon misma. La ley que el cristianismo te impone, es una ley de gracia y de amor; sin ella todo cuesta, todo es penoso á la naturaleza; por el contrario, con su socorro nada es costoso. Esta ley amable nos fortifica, nos sostiene, nos eleva sobre la flaqueza humana. Es para el hombre, como son para el pájaro tímido las alas que le ayudan á volar: si son un peso para él, es un peso mui lijero; con ellas hiende los aires, sin ellas se arrastraria.

„¿Qué importan instituciones arbitrarias?“ ¡Oh! ¿por qué las reputas como tales, si no lo es la religion que las contiene? ¡Qué importan!....ah! hijo mio, importan mucho, si tienen la fuerza de hacernos solidamente virtuosos.

„Pero sin ellas, ¿Sócrates, Aristides, Caton, Tito y Marco-Aurelio, no lo han sido?“ Valmont, no pretendo calumniar su virtud: la tuvieron sin duda; pero bien evaluada. ¿qué pesaba en la balanza del gran juez, comparada con la del simple fiel? Ser

justo y bienhechor, es una parte del hombre moral, solo es el primer bosquejo del cristiano; y aun en aquel, ¿para nada cuentas el ser casto, el honrar al verdadero Dios, el ser humildemente sumiso á su voluntad suprema? Sócrates, sospechoso de ser amante de Alsibiádes, acusado por sus propios conciudadanos de corromper á la juventud de Aténas bajo pretexto de instruirla; ó sin atenernos á clamores públicos, á sospechas mal fundadas, y que son de considerarse ménos con respecto á los grandes hombres, Sócrates que moria por la verdad, y encargó á sus amigos que sacrificaran un gallo por él á Esculapio; Caton, que cedió su muger á Hortensio despues de manifestarse dispuesto á cederle su hija; el inflexible Caton, independiente de los dioses, (dijo hablando de sí mismo,) y que se dió la muerte, mas bien que implorar la clemencia de un vencedor; Marco-Aurelio (sin embargo que nombre!) que honró con un culto supersticioso á los dioses de todas las naciones, y que por complacer al senado, sufrió que se persiguiese á los cristianos; que cerró los ojos para no ver los crímenes de los senadores, ni obligarse á castigarlos; que filosofaba tranquilamente en el fondo de su palacio, mientras que los gobernadores pillaban las Provincias; que puso á su muger en el número de las divinidades, despues que la dejó en vida ensuciarse con la mas vergonzosas liviandades á vista de todo el imperio; Marco-Aurelio, que con la mas cruel condescendencia y la mas indigna debilidad, puso á su hijo por segunda vez en manos de los maestros viciosos que le habian perdido; y que sin embargo de tener bastante libertad en su eleccion, dió á su pueblo por Emperador á Cómodo: ¿son estas por ventura virtudes irreprehensibles? ¡Y cuántos nombres célebres en esté género, falta que citarme? Yo te manifestaria una muchedumbre de hombres perfectamente virtuosos, por donde quiera que la religion ha formado verdaderos discípulos, por donde quiera que el cristianismo estuvo en su vigor.

Con todo esto, te lisongeas de practicar la vir-

tud, sin las fuerzas que aquel nos dá. Ah! mal conoces la virtud, querido Valmont, ó cuando ménos, no te conoces á tí mismo lo bastante. En otro tiempo pensé yo como tú. Tenia yo entonces amigos con quienes estaba ligado en sentimientos y costumbres, si alguna vez puede hallarse amistad pura, donde no se halla la religion: ah! sonrojábame de sus extravios, y no tenia que avergonzarme ménos de los míos. Verdad, virtud, equidad, beneficencia, humanidad, [2] costumbres honestas, ¡bellos nombres, que nunca fueron tan comunes, estais en la boca de todos los sábios, y jamás ha sido mas raro lo que expresais! No, la idolatria misma, nunca produjo costumbres mas depravadas, que las que hace nacer entre nosotros la incredulidad. Si hay todavía virtudes en la tierra, ¿dónde se hallan, hijo mio, sino en los sentimientos y en la conducta del verdadero cristiano? Tu esposa, tan tierna y tan virtuosa, la fiel y valerosa Emilia, ¿seria tan constantemente virtuosa si no estuviera inspirada y sostenida por la religion? Oh! ¿qué puede uno prometerse sin ella, sino la presuncion mas vana y las mas vergonzosas flaquezas? [3]

Amigo mio, no temo confesarlo; luego que fondo mi espíritu y mi corazón, hallo en él la necesidad de la religion cristiana: este es el grito interior mas vivo y mas fuerte que hay en mí. Sin la religion, cada circunstancia un poco crítica, cada ocasion peligrosa, cada movimiento de pasión un poco ardiente, influyera mucho sobre mí: la idea de satisfacer una sola de ellas, encenderia luego todas las demas; el deseo de satisfacerme una vez, haria nacer el de satisfacerme siempre; el olvido de un principio, me condujera insensiblemente al olvido, al abandono de toda verdad; mis propensiones, se convirtieran á gusto mio, en la única ley de la naturaleza. El alma muere, me diria yo, ya nada existe; todo es igual; ¿y aun Dios existe? ¿La religion es pues para mí la ilusion de la virtud? ¡Ó que bella ilusion, y que parecida es en todo á la misma verdad!

Mas para reconciliarte mas fijamente con el cristianismo, me falta que hacerte una observacion importante: te asustas de su yugo, miras sus leyes como de cadenas; ¿y qué diras, si te hago convenir en que la ley natural, no pone freno menor á tus pasiones, ni yugo menor á tu flaqueza, sino con mucho menores auxilios para llevarle?

De todas las inclinaciones que nos incitan mas vivamente, y que mas contribuyen para hacer odiosa la religion cristiana en el juicio del incrédulo, la mas comun, es aquella que nos adhiere á los placeres de los sentidos: de todas las leyes, la que mas nos espanta, es la de la castidad. El amor, esa pasión tan universal, pero tan resgosa en sus consecuencias, tan funesta en sus desarreglos, ved aqui la divinidad querida, por la que tan obstinadamente combate el naturalista [a]. Y bien, hijo mio, analiza sobre este punto la ley natural en que te fundas, y examina lo que te permite y lo que te prohíbe.

Ella pone límites ante todo á nuestras inclinaciones, condena todo exceso en ellas, detiene su impetu de fuego, somételas á la razon, y devuelve á esta la autoridad que los sentidos pretendian usurparle [b].

Mas mirémosla en un pormenor mas grande, Prohibe á su discípulo todo compromiso, todo comercio con aquella que ha comprometido su fé. El adulterio es un crimen á los ojos de todas las naciones: lo es á los del sábio verdadero; y la ley na-

[a] El editor ha encontrado en estas cartas la palabra naturalista para designar el *partidario de la ley natural*: la conservó, por creerla mas propia para explicar esta idea de un modo mas preciso que los términos *teista ó deista*, que no tienen una acepcion tan determinada ni tan clara.

[b] „La fuerza de alma, que produce todas las virtudes, pende de la pureza que las nutre todas.” Y en otra parte: „quiero ser casto, porque esta es la primera virtud que alimenta todas las demas.” (Rousseau.)

tural sola ve al adultero cual monstruo que horroriza [4].

Esta misma ley le manda respetar el derecho de un padre, de una madre, de un tutor, de una familia entera, sobre una niña querida que han educado en la virtud, en el honor, y cuya religiosidad no se puede corromper sin abusar de la confianza de aquellos, sin engañar indignamente sus cuidados y su esperanza, sin clavar el puñal en su corazón, y aun sin deshonor de ella misma. Que por un momento se ponga este discípulo en su lugar, que suponga en riesgo la felicidad de su esposa, el honor de su hija, el de su hermana ó de su pupila; y si algun sentimiento de equidad le queda, que juzgue y pronuncie.

La ley natural no le permite seducir la inocencia de una niña honesta y sin experiencia, que no conoce bastante las consecuencias del compromiso que se la quiere hacer contraer, ni echa de ver todas las funestas consecuencias de la pasión que se le inspira. El honor verdadero exigiría por el contrario, que la iluminase, que la contuviera en el borde del abismo en que esta pasión la induce á precipitarse: porque al fin, ¿es justo hacer desgraciado á uno, favorecer su ceguedad, hacerle nacer y traicionar á sus verdaderos intereses por complacerse? ¿No se sabe además de esto, que una niña seducida una vez, por ignorada que sea su primer caída, se vuelve por lo comun débil, viciosa y desgraciada para toda la vida?

Esta ley rechaza, aborrece toda union de los dos sexos, toda acción cualquiera que tuerce los fines de la naturaleza; y la naturaleza pide llorando al cielo venganza de un crimen que muy pronto despoblaría la tierra.

Esta ley natural y recta razón no nos hace mirar con indignación y vengüenza menores, todo comercio fundado en el interés; y en este punto el sentimiento y la razón se levantan contra esos tráficoz vergonzosos, puestos en lugar de una unión legítima.

¿Qué diré por fin? reprueba toda union clandestina, todo enlace pasajero, todo compromiso irregular [5]. Como no solo hemos sido hechos para nosotros, sino tambien para la sociedad, á la sociedad misma pertenece arreglar las condiciones de este convenio sagrado, que une la mitad de sus miembros á la otra, y en el que descansan, como en un fundamento inalterable, el órden y el interés público, las distinciones y la perpetuidad de las familias, el estado y la educacion de los niños, la seguridad y el reposo de los particulares.

El discípulo fiel de la ley natural, ¿suplirá con la imaginación lo que no puede permitirse de parte de los sentidos? Mas el deseo, el pensamiento criminal reflexionado, es un crimen en sí, y el medio mas seguro que conduce á cometerlo. Si aquel que se ocupa voluntariamente en la idea del mal no lo comete, es porque el mal en cuyo pensamiento se complace, no está en su poder; sus costumbres pueden ser aun sin reproche, pero ya su espíritu y su corazón son culpados.

¿Qué resta pues al naturalista conmovido por las pasiones, pero contenido por la conciencia? ¿qué le queda, querido Valmont? La misma obligación que se impuso al cristiano, la obligación de reprimirlas sin los socorros propios para conseguirlo. Pues que en fin, algun día convendrás conmigo, en que todo es medio, todo es auxilio para el bien en la religion, todo es preservativo, todo es remedio contra el mal; y el naturalista carece de estos socorros. Luego no son, hijo mio, nuevas trabas las que te presento. En todo aquello que se opone á las propensiones de una naturaleza depravada, la religion cristiana, muy pocos deberes añade á los que la razón te impone; pero vuelvo á decir, aquella te ayuda á llenarlos; te ayuda tambien á llevar este yugo de la razón.

Hablas de trabas; oh! el naturalista verdaderamente recto y que discurre un poco consecuentemente, las halla por todas partes, sin poderse soltar de ellas, á no ser que renuncie toda comuni-

cacion con sus semejantes. En sus verdaderos principios, todo culto exterior que no sea el de la sencilla naturaleza, que esté ligado esencialmente á dogmas que mire como falsos y mentirosos, que suponga artículos de fé que desaprueba en el fondo de su corazon, no podrá nunca ser el suyo; tomar en él parte con sus ciegos conciudadanos, sería en su modo de pensar, una idolatría quizás, pero siempre una impostura cometida contra el género humano, y una traicion contra la divinidad. ¿Á donde irá pues para servir á Dios á su manera, puesto que todos los pueblos tienen un culto que no le conviene?

En sus principios, el derecho que nos arrogamos sobre la vida de los animales, ¿es un derecho incontestable? Y en la sola duda, ¿con qué especie de hombres viviera en sociedad?

En sus principios repito, débil como el resto de los hombres, culpable algunas veces, ¿podrá en todo estado del crimen, contar mucho con la validéz y la fuerza de su arrepentimiento para estar tranquilo? Y despues de haber ultrajado al Dios de la naturaleza, ¿cuándo y cómo se creyera suficientemente reconciliado? Así, por todas partes inquieto, urgido, embarazado, no pudiendo practicar acto ninguno en que intervenga la religion de los demás hombres, (y en casi todos interviene), no pudiendo satisfacerles ni asegurarles con la suya, no sabiendo como vivir en medio de ellos, y no atreviéndose ni á sentarse con ellos á la mesa, ni á participar de las dulzuras de su compañía, aislado en la tierra, rodeado de abismos, deslizando á cada paso, y no hallando ni aun en que sentar el pié, este naturalista, hijo mio, cuya libertad encomias tanto, con principios y un fondo de providad, sería el ménos libre, y el mas desgraciado de todos los hombres. Da crédito, querido Valmont, á la experiencia triste que tengo de los dias tempestuosos de la incredulidad mia; materialista, pirrónico, al último naturalista y por esta vez incrédulo sistemático, naturalista de buena fé, ah! no acertaba en

el obrar, segun mis opiniones, en el seno de esta sociedad en que apesar de todo habia nacido. Mil veces estuve á puntos de abandonarla; y quizás esta irresolucion preparó en parte mi cambio.

¡Ó amigo mio! nunca olvidaré, que en una de aquellas sesiones académicas, en que nosotros espíritus fuertes juzgamos en último recurso sobre los necios juicios de los hombres, yo comuniqué temblando á mis ilustres asociados, mis reflexiones acerca de las dudas inquietantes en que nos deja la ley natural, acerca de las dificultades en que su sola práctica nos pone, acerca de los deberes que nos prescribe aun esta misma ley tomada en todo su rigor, acerca de la sujecion en que nos mete. Mis reflexiones acerca de todas estas relaciones, eran á la verdad mui verdaderas, pero sentaban mui mal á nosotros. Sin atrevernos á negarlas directamente, ni á tratarlas de escrupulo, se contestó á ellas haciendo piruetas, y la sesion acabó con esto [a].

„Pero en fin, ¿por qué no tolerar las opiniones? „No habría en ellas ya trabas para nadie.” En efecto la solucion sería cómoda. Ah! hijo mio, no lo sería mas que en apariencia. Piensa pues en que la religion es la que une á todos los hombres; que su culto exterior es la basa y el nudo de su sociedad; que permitiendo que cada uno disponga de ella en particular, se corre peligro de no dejarles ya nada comun para lo sucesivo, y de abolir mui pronto la práctica de ella en todo el mundo. Atiende ademas de esto, y no te apartes de este principio, á que no autoriza la persecucion [6], atiende, hijo mio, á que la religion verdadera, es intolerante por su naturaleza [b]; á que este ca-

[a] Citaré una persona á quien pasó lo mismo en circunstancias iguales: esta persona soy yo.

[b] „Una religion que crea permitidas todas las demas religiones, no es religion, sino una irrision del culto religioso, porque hace de la divinidad un idolo para el que es igual cualquier homenaje.”

„Solamente la religion verdadera tiene derecho de es-